

EL CUENTO DE GÓGOL

Vicente Molina Foix¹

Era un hombre que creía mucho en los escritores y tenía muy pocos libros. Los pocos que tenía los tenía leídos, y a veces se acercaba a los escaparates de las librerías o entraba en alguna con ganas de dejarse tentar por otros nombres, sin lograrlo. Siempre volvía a casa con las manos vacías. Era un hombre de costumbres fijas, y a los cuarenta y cuatro años sólo amaba a los escritores que había amado siempre.

Ese amor nació en la infancia, y no tuvo al principio rostros, aunque sí país. Había heredado de su padre una treintena de volúmenes de la colección Universal, en sus encuadernaciones en rústica de color amarillo, sin ilustrar, y todos los títulos eran de autores rusos, a los que Adrián había añadido por su cuenta, encuadernadas en piel las obras completas de Tolstói, las selectas de Dostoievski y las escogidas de Turguénev. El mundo del amor novelesco empezaba y acababa para él en los novelistas rusos del siglo XIX, si bien un día se enteró de que el que más amaba de todos, Iván Bunin, había vivido cinco décadas en el XX y sólo tres en el XIX. Lo siguió leyendo como maestro de un arte prolongado decimonómicamente al

¹ MOLINA FOIX, VICENTE: "El cuento de Gógol". En: *El hombre que vendió su propia cama*, de Vicente Molina Foix. Barcelona: Anagrama, 2011. ISBN 978-84-339-3324-9 (e-pub)

menos hasta 1933, el año en que Bunin ganó el primer Premio Nobel de la literatura rusa.

La boda con Inma provocó un conflicto internacional en su biblioteca. Ella, licenciada en exactas pero formada en «las humanidades liberales» —según la frase de la amiga puertorriqueña que los había presentado a la salida de un cine—, aportó al matrimonio, junto a dos gatos siameses y un *bungalow* en primera línea de playa en la playa menos estropeada del Cabo de Gata, una balda de autores franceses que, aun siendo todos del siglo XIX, fueron mal recibidos en las estepas de Adrián. En un gesto de buena armonía conyugal, él permitió la convivencia de Stendhal y Maupassant con Pushkin y Lérmonov, sin llegar a amarlos como a sus rusos. Leyó *Rojo y negro* y *Bel Ami* y se guardó su opinión ante Inma. Jamás llegó a aceptar que Flaubert superase en lirismo y profundidad psicológica a Dostoievski, como sostenía ella.

El matrimonio superó los rigores de esa lucha de intereses literarios y nacionales, pero no los desgastes del tiempo pasado en común, doce años, ni el tedio de verse a sí mismos todas las noches en un piso poco aireado de la calle Mateo Inurria sin la amenidad de los hijos, que habían decidido —por higiene mental— no tener. A los cuarenta y cuatro años de edad de él y cuarenta y uno de ella, que aparentaba menos, sin peleas, sin reproches, sin sentirse siquiera insoportablemente infelices, se separaron de mutuo acuerdo, en un silencio más administrativo que sentimental. Inma se quedó en el piso de Mateo Inurria con su balda de autores franceses y el gato superviviente, y él se buscó, a través de los anuncios por palabras de *El País*, un apartamento amueblado y con servicio central cerca de la oficina, en General Pardiñas, donde puso, temporalmente en el suelo, sus treinta y seis volúmenes de novelistas rusos.

Pasó un año, un año sin leer novela, sin salir del limitado eje General Pardiñas-Claudio Coello, el piso, el trabajo, la cena de congelados calentada en el microndas, la dieta de películas programada por Canal +, la llamada día sí día no a su madre en Alicante, el sueño, o mejor, la cama, pues en las noches de esa nueva vida de hombre separado apenas dormía, falto de la cintura aferrada de su mujer, el más dulce contacto físico de su vida amorosa.

Un día, en un puente muy largo que franqueó solo sin salir de casa, Adrián se acordó de Nikolái Gógol, de un cuento suyo en el que un hombre de su edad, con un trabajo parecido al suyo y una vida tan aburrida y yerta como la suya, decidía de golpe transformarse y lo conseguía sin salir de su habitación, inspirado por una mujer extranjera. No encontró el cuento, el volumen de cuentos de Gógol que estaba seguro de haber leído por primera vez a los quince años. Un cuento que se llamaba... ¿cómo se llamaba? El librito de la colección Universal no estaba en los montones del suelo.

El recuerdo de ese cuento de Gógol que no tenía, que no tenía nombre, le angustió. Acabado el puente fue a la Casa del Libro, que sólo disponía de una antología de cuentos de Gógol en la que todos los incluidos los conocía bien y ninguno era el que buscaba. El dependiente de la librería investigó en la pantalla del ordenador, sin ningún resultado. Esa tarde, al acabar su horario de oficina, se sentó frente al televisor apagado del apartamento y se puso a hacer esfuerzos de memoria. El protagonista de aquel cuento de Gógol era un hombre enjuto y con un gorro de piel siempre que salía a la calle, de eso estaba seguro, la acción trascurría en San Petersburgo, entre nevadas, y la figura clave del desenlace era una mujer de «cutis más blanco que la nieve». Mandó un mensaje electrónico a la revista *Lee Más*, que tenía una sección, «El libro *missing*», donde un tal Borgiano Arúspice contestaba a los enigmas del mundo de la literatura. Trató de distraerse una semana, lo que tardaría en salir el siguiente número de la revista, leyendo. Leyendo a otros. Como les tenía tirria a los franceses, se acordó de la novela anglosajona, lo único que leía su madre, y compró *Servidumbre humana* de Somerset Maugham y una recopilación de novelas cortas de D. H. Lawrence. No llegó a abrir ninguno de los dos.

Borgiano Arúspice no conocía ningún cuento de Gógol con ese argumento, y se permitía ironías: «¿No lo habrás soñado, querido lector?» Y a continuación le daba un consejo: «Deja, buen amigo Adrián E., de leer a los rusos, que son muy melancólicos y conducen a veces al suicidio, y lee más ficción de aquí, Sampedro, la Matute, Juan Marsé, clásicos nuestros vivos, o a los americanos del realismo sucio, que sirven para lavarse en la mente los trapos asquerosos que todos tenemos.»

La chica más lista de su oficina, Mari Mar, le recomendó que leyera a los orientales, turcos, egipcios, sirios, argelinos, hindúes, y un día se estuvo casi una hora en la librería Blanco de Conde de Peñalver ojeando novelas de Mahfuz, de Emine Sevgi Özdamar, de Pamuk, de Narayan, y un ensayo de Fatima Mernissi, sin decidirse por ninguno. Mari Mar insistió con una propuesta menos radical, orientalista sólo: «Lee entonces *El cielo protector* y *La casa de la araña*, que pasan en Marruecos pero son de un americano, Paul Bowles.» Adrián le dijo que las leería con una condición, que aceptara cenar con él esa noche en un restaurante marroquí recién inaugurado en la calle Montesa. «No puedo, Adrián. Ceno todas las noches en mi casa, y con mi novio, que es muy celoso. Gracias, de todos modos.» Indagó indirectamente si el novio de Mari Míar era árabe: Rosa, que trabajaba en su mismo negociado y tenía mucha amistad con ella, le dijo que no, que era español, de Monzón, en los Pirineos de Huesca, y bastante mayor que ella, aunque guapo: «Un George Clooney del Alto Aragón.»

Su primer fin de año como separado lo pasó en Estambul, una decisión repentina tomada en

Alicante el 25 por la tarde, después de darse un atracón de langostinos de la bahía y de arroz con foie de pato en el almuerzo ritual del día de Navidad, al que siempre le invitaba su madre, ese año en un restaurante del puerto que pasaba por ser el mejor de la ciudad. Había un vuelo chárter directo Alicante-Estambul el 27 a las diez de la mañana, y le mintió a su madre diciéndole que se trataba de un viaje en grupo de los divorciados varones de su oficina, decididos a no estar solos en Madrid y a no tomarse las uvas con ira. La madre le comprendió, y le animó. «Siempre que no te echas una novia turca. Creo que ahora todas llevan velo, con lo bonita que era la melena rubia de Inma.»

Llegó a Estambul con el mismo maletín de mano casi vacío de su previsto viaje de dos días a Alicante; sólo compró antes de salir pasta de dientes, cuchillas y espuma de afeitar, un medicamento antidiarreico y un jersey, pues Mari Mar le informó por teléfono de que Turquía engañaba con su bandera de la media luna y su costa mediterránea: su frío era intrínsecamente europeo. Ella no tenía vacaciones de Navidad, y por eso Adrián se había atrevido a telefonarla a la oficina el 27, antes de subir al avión. Le sorprendió la llamada, y aunque a Mari Mar sólo le gustaba el Oriente en los libros, y nunca había estado, por ejemplo, en Estambul, le dio varios consejos higiénicos y tres recomendaciones precisas para la ciudad. Adrián siguió las tres.

La primera era alojarse en el «legendario y literario» Hotel Pera Palas, en la zona europea de la ciudad, lo que le pareció una idea tranquilizadora. El taxista, que se presentó como especializado en transportar parejas españolas en viaje de novios, le habló mal del hotel: había sido de lujo, «palaciasco», pero ahora estaba convertido en «un nido de pulgas». El señor debía buscar algo moderno, de estilo americano, en Taksim, o si quería sabor auténtico ir a las Casas de Madera de Sultanahmet, al otro lado del Cuerno de Oro, muy cerca de Santa Sofía y el Bazar Central. Naturalmente, no le hizo caso: insistió en ser llevado al Pera Palas y encontró habitación, mucho más cara de lo esperado. Tenía que tener en cuenta, le dijo la recepcionista, también habituada al intercambio hablado con los recién casados de España, que el precio incluía el renombre. «¿El renombre?»

Todo el mundo, el gran mundo, siguió hablando la recepcionista en un español con diminutivos mexicanos, ha vivido en este hotel: Churchill, la Mata Hari, Agatha Christie, el zar Nicolás II con su familia, un año antes de ser asesinados por los bolcheviques, y también los Reyes de España, los abuelos, creo, del que está ahora, «que vuestro Dios proteja». La dirección del hotel había puesto a las mejores habitaciones un rótulo de bronce con el nombre de las personalidades que en su día se alojaron en ellas. De las más baratas, sin

nombre en la puerta, no le quedaba ninguna, la mayoría ocupada por catalanes, y de las de placa sólo le podía ofrecer dos, la 218, la Ernest Hemingway, y la Greta Garbo, que era la 103. «¿No estará libre la del zar?» No lo estaba.

Bravucón, pendenciero, borracho, aficionado a matar leones y ver los «sanfermines» desde la barrera, Hemingway representaba para Adrián, abstemio y protector de los animales, la quintaesencia de lo odiado, y aun así eligió la habitación que llevaba su nombre, pues al fin y al cabo era un escritor, aunque nunca le hubiese leído. Se acordó del taxista antiPera al entrar: la habitación Ernest Hemingway, decorada suntuosamente, tenía unas cortinas que no corrían, un colchón hundido, cuatro únicas perchas en el armario y un cuarto de baño de losetas desportilladas. La almohada larga de su cama de matrimonio no aparentaba tener chinches.

La segunda recomendación de Mari Mar era visitar el Gran Bazar sin comprar nada, tomándose como «un museo de las cosas superfluas», así lo dijo, en una frase que a Adrián le pareció propia de novelista, de novelista francés. Después de un almuerzo ligero en la calle peatonal de Istiklal Cadessi, cruzó a pie el Puente Gálata y siguió caminando hasta la Mezquita Azul y Santa Sofía, sin entrar en ellas, esto por determinación propia. Una muchacha nativa, la segunda que conocía, le vendió el billete de entrada a la Cisterna Sumergida, y, al igual que la recepcionista de habla mexicana del Pera Palas, no llevaba velo y era muy guapa. ¿Aceptaría su madre una nuera turca de pelo destapado pero negro?

El bazar sin compras le aburrió enseguida, sobre todo porque le tomaban por italiano y le querían vender, en vez de alfombras, «tappeti». Así que abrevió su visita y encontró sin dificultad, a poca distancia del mercado, la tercera recomendación de Mari Mar, los baños de Çemberlitas, los más antiguos de la ciudad, y la obra maestra de Sinán, un arquitecto clásico del siglo XVI; el *hammam* era contemporáneo así pues, le había dicho su compañera de oficina, del Escorial y de la basílica de San Pedro.

Un hombre con bigote de puntas enroscadas le propuso un masaje auténticamente turco de golpes y manoplas de crin, pero Adrián le esquivó, explicándole con las manos que, como en las tiendas del bazar, él sólo iba allí a mirar —en este caso las bóvedas horadadas de Sinán y sus columnas de mármol—, pese a llevar el torso desnudo, la toalla prescrita y estar sudando.

Como no había tomado baño turco y le había dado asco meterse en la piscina de agua caldosa llena de ancianos que escrutaban su juventud comparativa, su falta de bigote, su piel sin vello, al volver al hotel se sentía sucio: abrió los grifos de la bañera, que tenía patas de garra de león, esperó casi media hora a que se llenara, y se metió con tiento, después de escalar sus altas

paredes. Allí, en ese suelo de porcelana rasposa, se habían posado tiempo atrás, como las suyas ahora, las nalgas de Hemingway. La coincidencia a posteriori no le inmutó, y se quedó dormido en el agua, soñando mientras daba su cabezada con el hombre enjuto de Gógol caído en una charca helada.

Al despertar se sintió vigoroso, se secó, se puso la ropa propia del clima de Alicante, sin el jersey preventivo, y bajó a la recepción, donde le atendió en un inglés incontaminado un joven muy meloso. Adrián quería saber si el gran autor ruso Nikolái Gógol se había hospedado en el hotel en algún momento del siglo XIX. O, en su defecto, si Vladímir Korolenko, Maxim Gorki o Iván Goncharov habían sido clientes del Pera Palas. El recepcionista no estaba versado en literatura rusa, pues Adrián tuvo que escribirle en un papel los nombres de todos esos escritores, leídos por el muchacho con una mezcla de unción y desconfianza. Ninguno le era conocido, ninguno tenía placa conmemorativa de su estancia, y por tanto lo más seguro era que nunca se hubieran alojado allí O, de haberlo hecho, sólo anónimamente, antes de cobrar fama, o en las habitaciones de los pisos baratos, donde no dejaban huella en el registro.

Contrariado, Adrián tomó el papel timbrado y añadió otros nombres, los primeros ajenos a su rusofilia que le vinieron a la cabeza: Kafka, Vintila Horia, Alejandro Jodorowsky. Tampoco se les conocía en el Pera Palas. El recepcionista meloso quiso ser obsequioso y le comunicó, al verle interesado por la presencia eslava en el hotel, que estaba libre la junior suite Zarina Alejandra, contigua y comunicada con la suite Nicolás II que como el señor sin duda sabría fue el zar de todas las Rusias. «Una compañera suya me ha dicho esta misma tarde, a las tres, que estaba ocupada.» Y lo estaban, las dos, le hizo saber Selim (el nombre lo llevaba en la solapa), pero los huéspedes, una familia muy numerosa, habían tenido que abandonar súbitamente el hotel por una razón grave, *bad health*, y si el señor español deseaba mudarse a la pequeña y más adecuada, yendo solo, podría hacerlo en media hora, el tiempo que faltaba para que acabasen de hacer la limpieza. «¿Puedo verla antes?»

La junior suite Zarina Alejandra estaba en el primer piso y delante de su puerta abierta había no uno sino dos carritos de la limpieza, así como un montón de ropa blanca sucia cerrando el paso del alfombrado recibidor. Era muy amplia, tenía una cama regia y cuatro camitas de un cuerpo (¿para las desdichadas hijas de los Romanov?), y desde el cuarto de baño salió a ver quién era el intruso una limpiadora joven, con la cabeza cubierta por un velo azul y una blusa blanca encima de sus pantalones vaqueros. Se entendieron por gestos: él quería ver la bañera, antes de instalarse en esa habitación, y ella acabaría la limpieza en diez minutos, como

mucho en veinte, pues abrió dos veces las dos manos, extendiendo los dedos y señalando el reloj de pulsera que Adrián, de manga corta, llevaba visible.

La bañera tenía espuma flotando en un lecho de agua que tardaba en filtrarse por el sumidero, y entonces la muchacha, dándole la espalda, se puso unos guantes de goma, se inclinó sobre el fondo de piedra jaspeada y empezó a sacar los algodones manchados que impedían la salida del agua jabonosa. Bajo el espejo antiguo medio cubierto de vaho había un peine con cabellos rubios enredados entre las púas. ¿El pelo de Anastasia?

Adrián le comunicó al recepcionista Selim que seguiría en la habitación Hemingway: eran ya las diez de la noche y quería acostarse pronto.

Durmió bien, sin picores, y salió temprano a pasear por la ciudad, que le pareció más hermosa y acogedora que el día anterior. A falta de consejos gastronómicos de Mari Mar, tomó iniciativas: almorzar a base de marisco en el barrio de Kumkapi, al sur del palacio de Topkapi, que por la tarde visitó concienzudamente, así como la pequeña mezquita del Pachá Mehmet, la segunda obra maestra del arquitecto Sinán después de la del *hammam* de Çemberlitas. Para el gusto de Adrián era al revés: superior la mezquita a los baños, quizá porque en el templo nadie le persiguió con la mirada ni con la manopla. En otra afirmación de independencia de Mari Mar, entró y esta vez sí compró en el Gran Bazar, volviendo al hotel con dos alfombras turcas bien regateadas en italiano básico y una bolsa de viaje para transportarlas hasta Alicante. Aun le quedaban cinco días antes de su vuelo de regreso, con sus cuatro noches.

Prefirió usar la ducha manual de su bañera, por no tener, en el tacto de la misma loza, ningún punto de unión con Hemingway, al que seguía despreciando. Después bajó a tomarse una copa en el cocktail bar del hotel, donde un pianista negro tocaba canciones napolitanas del siglo pasado. Todos los camareros tenían bigote, y en la inmensidad del bar vacío, y entre la densidad pilosa de los desocupados de la barra, resplandecía más la cabellera rubia y la piel blanca de la única clienta que bebía a esa hora, sentada en medio del salón. Como seguía veraniego de espíritu, Adrián, en contra de sus maneras de tímido, se acercó a la mesa de la desconocida y se presentó en un inglés somero. «Adrián Escobar, from Spain. Invitation for a drink?». La mujer le aceptó, le invitó a sentarse a su lado pero rechazó el «drink»: aún tenía su «cocktail» de color rojo sin consumir, con la pajita ensartada en una guinda verde apoyada en el borde de la copa llena. Cuando el desconocido estuvo acomodado frente a ella, la mujer sacó una pitillera de carey, un encendedor plateado Cartier y encendió un cigarrillo, sin ofrecerle a Adrián, que lo habría rechazado, pues ya no fumaba. Él pidió un whisky de malta sin hielo: no todos los hoteles del Oriente hacen sus cubitos con agua mineral, y el agua del

grifo puede transmitir amebas, le había dicho Mari Mar, que volvía así a gobernar en su voluntad de turista.

A las ocho y cuarto de la tarde del 28 de diciembre, Adrián se terminó su primer whisky de malta, la mujer, Laila, quitó por fin la guinda verde de su pajita y sorbió su bebida, y en las setenta y dos horas siguientes, hasta la cena de la noche de fin de año, quedaron absorbidos el uno por el otro. Ni siquiera él llamó a su madre, como estaba acordado, para felicitarle el Año Nuevo al mediodía del 31.

Laila era escritora, escritora libanesa. Al oírlo, Adrián se desconcertó, pues no sabía la lengua que se hablaba en el Líbano, su lugar geográfico exacto, ni si un escritor libanés era oriental, orientalista, o medio-europeo como los turcos. Tardó un día en saberlo. El 29 lo pasaron entero, desde la una de la mañana hasta las once de la noche, en la cama de Hemingway, durmiendo mucho y haciendo el amor por la parte de atrás: «aún puedo tener hijos», le dijo ella tapándose la cara con la sabana, tal vez avergonzada o por un rito islámico de fertilidad. Sólo en ese momento, ya que no le veía los ojos, Adrián se atrevió a hacerle la pregunta que le rondaba la cabeza desde que se conocieron. «Soy una escritora libanesa de expresión francófona», le respondió. «Mi madre era de Nîmes. Mi padre sirio. Yo de ninguna parte.» Así quedaron las cosas hasta la mañana siguiente, pues la confesión lingüística y genérica de Laila tranquilizó a Adrián, que, después de comerse el último de los sandwiches pedidos, con una botella de vino, al servicio de habitaciones, se quedó dormido en los brazos de la mujer.

Le despertaron unos besos de lengua francesa por su espalda, y al abrir los ojos sólo vio a su lado, encima del edredón, la ropa interior de Laila, sintiendo en la nuca un soplo tan cálido que por un instante creyó que podía ser la llama encendida del Cartier. Al ver el encendedor junto a la pitillera, en la mesita de noche, se volvió hacia ella, le besó los labios, y si por él hubiera sido habrían empezado de nuevo a abrazarse y a tocarse, pero Laila le susurró en la oreja que pidiese él el desayuno, con una jarra de espresso, nada de café turco, y ración doble de *pâtisserie* continental. Después de la segunda ronda del espresso apenas manchado con leche, la mujer se mostró curiosa hacia él, ese desconocido español con el que llevaba veinticuatro horas encamada. Lo curioso es que antes de preguntarle su edad, su oficio, la ciudad de España en donde vivía, Laila le preguntó qué leía, si es que leía. «Me gusta la novela rusa.» Entonces ella mencionó a unos autores nacidos del deshielo y de apellido compuesto, tres o quizá sólo dos, que él no conocía. Y tuvo que decirle la verdad: el autor ruso más moderno que había leído era Iván Bunin. Ella no sabía quién era.

La ignorancia de su amante en lo referido a la novela rusa actual no le importó: al contrario,

parecía que Laila le prefiriese tradicional en sus lecturas, ya que ella no era «una modernista» en su propia escritura. «Mis novelas tienen mucho argumento.» «Plot», dijo ella. «Intriga», tradujo él mentalmente. Por desgracia no había sido traducida al español, y las aptitudes de Adrián en el francés eran elementales; se entendían en inglés. «¿Te gusta Hemingway?», le preguntó la mujer, mientras curioseaba los rincones de la habitación, sentándose en el sillón de orejas, pasando sus dedos por la mesita baja de caoba y cristal y quedándose en la mano con el cordón trenzado de la antigua y raída cortina del balcón. Adrián le contestó que nunca le había leído. «Yo tampoco. Pero creo que es muy bueno. Dicen que *El viejo y el mar* hace llorar a los hombres de corazón más duro. Pensé que habrías elegido este cuarto por devoción a él. Como los fans que pagan fortunas por pasar la noche en el dormitorio de Elvis Presley en Memphis.»

El día 30 salieron a la calle por separado, pues ella no quería que los empleados del gran hotel, que la conocían de una estancia anterior, entraran en los pormenores de su vida privada. Se despidieron ante la puerta de la suite Sarah Bernhardt y se reencontraron quince minutos después en un Starbucks de Beyoglu. Ella tomó todas las decisiones ese día, y Adrián se sintió liberado traicionando a Mari Mar, también turísticamente, con otra mujer. Primero le arrastró al espectáculo de los Derviches Giróvagos en una antigua estación de ferrocarril, durante el que Adrián, como si él mismo girase sobre sus pies al ver la danza mística, se mareó, teniendo que salir a la calle. Después se embarcaron en un trasbordador que recorría las dos orillas del Bósforo, siendo esta vez la mujer la que se puso pálida y vomitó por la borda. La emancipación de Mari Mar se consumó con la cena en un bistró cercano a la Torre Gálata, enfrente de la casa, le contó Laila, donde vivía un novelista que había ganado el primer Premio Nobel de Turquía. «¿Pamuk?» «Ése. Aunque creo que se pronuncia Pámuk.» Ninguno de los dos lo había leído, y eso los acercó más.

A Adrián le tranquilizaba que ella, con tres novelas publicadas, no hablara de literatura con palabras técnicas, y siguiera con él sabiéndole limitado a lo ruso. Le miraba mucho, sin embargo, y muy fijamente, como si aquel español de edad madura que llevaba tantas horas a su lado fuese una belleza o un enigma. En el bistró fumaba un cigarrillo detrás de otro dirigiéndole el humo a la cara, y cuando las nubes del tabaco se disipaban sonreía, feliz de reencontrar a su hombre igual de bello o de raro. Entraron cada uno por su lado en el Pera Palas, y al cabo de diez minutos estaban desnudos bajo la colcha en la que bien pudo enrollar su cuerpo Hemingway alguna noche de frío, al levantarse, con resaca, para orinar. Así siguieron, besándose y arrullándose en sirio y en español y durmiendo a ratos cortos entre los coitos, hasta las cuatro de la tarde del día de fin de año.

Aunque la cena la iban a improvisar en la habitación de él con *delicatessen* compradas en una tienda de productos mediterráneos, ella quería arreglarse para el cotillón en el cocktail bar, al que habían sido invitados, por separado, por el director del hotel. Así que tenía que dejarle para bajar a su cuarto. Qué tonto, pensó Adrián. Se aloja en el Pera Palas y no le he preguntado en qué habitación. «Mine is cheaper than yours», le respondió Lada, pero el precio no era lo que a él le preocupaba; ¿qué nombre tenía? «No name.» También le dijo ella que el cuarto de baño de su habitación sin nombre era «funcional» y pequeño, con ducha acristalada en lugar de bañera. ¿Le importaba que se bañara en la suya? No era por apego a Hemingway, le aclaró, sino por el placer de estar un buen rato a remojo.

Adrián se interrogó a sí mismo sobre las bañeras del hotel mientras Laila dejaba correr el agua y se desnudaba. ¿Sería más ancha y honda la de Churchill, más alargada la de Marlene para dar cabida a sus piernas? Había visto la de la zarina y sus hijas poco antes de ser asesinadas. ¿Tendría la del zar algún símbolo imperial grabado en el mármol? ¿Habría una más pequeña para el zarévich?

Comieron con apetito las empanadillas de pollo y espinacas, la ensalada de gambas *king size*, los dolmades, y a Laila le gustó el vino español de aguja. No pudo terminarse sin embargo las doce uvas que Adrián sacó por sorpresa unos minutos antes de la medianoche española, instándola a que se las tragara al compás de los golpes que él daba con el Cartier plateado en el cristal de la mesa baja.

Bajaron muy felices al cotillón, ella muy hermosa con un caftán de seda veteado de perlas en la pechera y una pashmina azul cielo anudada al cuello que al entrar al gran salón se puso en la cabeza a modo de velo. Sólo once huéspedes habían aceptado la invitación a la fiesta, para tristeza del director, que iba de esmoquin y repartía turbantes de fantasía a los hombres y antifaces dorados a las damas.

El pianista negro del hotel había sido reforzado por cuatro músicos blancos de cuerda, un acordeonista y una cantante egipcia de fama en todo el Oriente, que animó al baile desde el escenario. Pero nadie bailaba, entre otras razones porque de los once huéspedes allí presentes seis formaban un grupo de mutilados en uniforme, veteranos posiblemente de alguna guerra balcánica, y el resto eran tres señoras solas, una niña de unos diez años dormida encima de la mesa de las señoras, por todos los indicios sus tías, y el undécimo un adolescente afeminado que miraba con distanciamiento a los mutilados, con hastío a las tías y con apetencia a un camarero joven, también seguramente un improvisado refuerzo de la velada, pues no llevaba bigote y su chaquetilla le quedaba estrecha a su macizo cuerpo de gimnasta.

Así que, nada más entrar en el iluminado salón, Laila sacó a bailar a Adrián, que se dejó llevar.

Al dar la una en Turquía cayeron sobre sus cabezas la lluvia de confeti, las serpentinas, y se apagaron por deferencia a Europa las luces del bar americano, sonando en la sala, tras un preludio del acordeón, las doce campanadas en diferido y la voz del director en un «Merry Christmas». Ningún invitado le devolvió la felicitación.

Al encenderse las luces se habían producido ciertos cambios. La niña estaba despierta y le pidió un baile al afeminado, que aceptó y se reveló como un enérgico bailarín de tango: el camarero fornido le miraba ahora con otros ojos, más condescendientes. Uno de los veteranos de guerra se había levantado de su silla, la única en su mesa que no era de ruedas, y se mantuvo erguido a lo largo del primer bailable. En los últimos sonos del segundo, el anciano alzó su único brazo e hizo callar a la cantante egipcia, que estaba haciendo grandes esfuerzos para vocalizar las letras de Gardel. El militar, con la aprobación de sus camaradas de armas y de las tres tías, solicitó a la orquesta un vals, y, ante la sorpresa de todos, el lánguido muchacho, sin dejar de asir a la niña por la cintura, se puso a bailar como un vienés. El aplauso fue de tal calibre que se asomaron al bar los recepcionistas y algún huésped tardío, invitados todos a champagne por el director.

Adrián y Laila se escabulleron cuando al último vals le siguió, a petición de una de las tías, enamorada de siempre de Anthony Quinn, el sirtaki de *Zorba el griego*, que la niña ya no supo seguir, atrayendo entonces el bailarín hasta la pista de baile al camarero joven. Éste, pese a la cercanía de aquellos aires con los de su tierra, estuvo poco ágil y al llegar el momento que todos esperaban, la aceleración de la música y la aceleración de las piernas, perdió el equilibrio y cayó al suelo, dejando solo, aunque muy jaleado, a su pareja. El bailarín, seguro de no escandalizar a un público tan entregado, sacó en la apoteosis del sirtaki toda la pluma encogida antes en sus brazos.

En la habitación 218, Laila le hizo sentar en el sillón que seguramente usó en su día el autor de *El viejo y el mar* para hacer sus lecturas, si es que ese badulaque (palabra de la madre de Adrián) tenía tiempo de leer entre las borracheras y las baladronadas. Adrián, que habla bebido mucho champagne en el cotillón, se dejó llevar hasta la butaca, y, una vez sentado, ella se colocó enfrente, erguida, casi rígida, y empezó a hablarle, con un cigarrillo en la mano y una amargura en la boca. ¿En francés, en sirio, en la lengua de ninguna parte?

Se despertó a las nueve de la mañana del día 1, con la cabeza apoyada en un cojín que ella sin duda le había puesto, a la vez que la manta que le cubría el cuerpo y las piernas. Laila no

estaba, aunque quedaba en el cuarto de baño su perfume y en la bañera grumos de espuma caliente. Su vuelo chárter salía a las 13 horas, y como él no pensaba volver más al Pera Palas, no le importó mostrar su intimidad a los recepcionistas. Los dos de servicio ese día, la chica de palabras mexicanas y Selim el meloso, no sabían por quién les preguntaba, pero al negarlo al unísono los dos se sonreían pícaramente. ¿Le tomaban por loco o se hacían ellos los locos? ¿Estaban protegiendo la reputación del hotel o la profesión de una puta?

No se detuvo en Alicante. Desde el mismo aeropuerto llamó a su madre, se disculpó, dando a entender un asunto de faldas de altos vuelos, y tomó el primer avión a Madrid. Tenía vacaciones hasta el día 3, pero se pasó el 2 por la oficina, que encontró diezmada por la gripe A. Una mano le saludó desde el otro lado de la mampara de vidrio, la de Mari Mar tal vez, incierta bajo la mascarilla verde. Le devolvió el saludo pero no entró en la sala de los ordenadores, y, al salir, el portero le entregó con guantes de caucho un pequeño sobre sin matasellos que habían dejado para él el día 27. Dentro había un libro y una nota amable de Inma, quejándose de que, al no haberle él dado su nueva dirección postal, y teniendo su móvil permanentemente desconectado (¿o tenía también un nuevo número de soltero?), le había resultado imposible felicitarle el nuevo año: le deseaba suerte y salud y le comunicaba que en una reforma del piso de Mateo Inurria había aparecido entre sus libros franceses un volumen de cuentos completos de Gógol que sin duda le pertenecía. «Sabiedo de tu amor por los rusos, te lo he dejado en la portería de tu oficina, y no estaría de más que cuando llegue a tus manos me hagas una señal amable.»

Tuvo un presentimiento antes de hojearlo al volver a su casa. Tampoco en ese volumen estaba el cuento del hombre enjuto de San Petersburgo. Lo puso en la pila de los autores rusos y se sintió extrañamente dichoso. ¿Qué había visto en él Laila para mirarle tan fijamente tantas horas? Se miró en el espejo del vestíbulo y pasó su examen con un aprobado alto. Mejorable. Iba a guardar la línea, a practicar yoga, a hacerse masajes menos agresivos que los turcos. También tuvo la idea de hacerse socio de un club de lectura o de un club de pilates. Ser más humilde. O ser más atrevido. Más curioso. Ser de una vez el hombre que soñó ser cuando era niño y su padre le dio a leer una novela rusa.